

LITERARTE

Octubre 2016

Revista No. 88 - 8 páginas

PRODUCCIÓN:
JOSEF CAREL

DIRECCIÓN
BUSEL 2/8
Kfar Saba, Israel
literarte.propuesta@gmail.com

Esta revista es el
vocero de nuestro
grupo, y en ella
publicamos los
resultados de
nuestra labor
semanal

¿Sociedad o Comunidad ?

Dentro de mí

En la noche insomne
aturdido por el silencio,
nacen mis sueños
en la soledad de mi cuarto.

La realidad no existe
sucede todo dentro de mí,
me asombra comprobar cuanta vida
colma mis pensamientos.

Mi alma vibra con entusiasmo
por vivir mis ilusiones,
más... recelo con gritos sin sonidos
que sólo son quimeras fantasiosas.

Moshé Goldin



El ansiado pimpollo

Estoy esperando el resultado positivo se dijo a si misma la vagina. Lo dudo tanto. Fueron muchas las tentativas frustradas que ya casi perdí la esperanza. ¡Cuántas veces, por Dios, lo he intentado y nada! No se imaginan cuánto llanto derramado corrieron como río revuelto por el inodoro. Dolores y malestares durante la menstruación, mes a mes, muchos años, con esa canilla abierta de maldita sangre, que me dice que no. Que no puedo concebir. Todo pasa por ahí. Lo más íntimo de mis órganos femeninos no me responde. ¡Cómo envidio a todas aquellas mujeres con panzas en forma de pelota! Tan sólo por una vez quisiera sentirme que por ese túnel brote el pimpollo de mis sueños. Que lllore y me grite: "Aquí estoy. Todo tuya. Sangre de tu sangre. Gracias por concebirme". Entonces gritaré los dolores de parto y con alegría cuando te parí. Pasarás por ese túnel como un triunfador.

¿Quién me entiende? Estancada en mi capacidad de procrear. Sólo el placer del sexo me aplaca. Retumba a hueco este vacío que quiero llenar. Oscura y húmeda soledad. Inútiles tratamientos y consejos de los más inverosímiles, probando de todo y nada.

Esta semana espero ansiosa nuevas noticias del positivo. Mi duda persiste, me desanima. Si no resulta, intentaré otra alternativa. No me rindo mientras hayan esperanzas. Tengo una intuición y una corazonada. Desconfío de los espermatozoides holgazanes. Pediré ayuda para que me inyecten de otro ser.

Dejé pasar un mes. Esperé con ansiedad los nuevos resultados. Y vino la respuesta con el OK del positivo. ¡Sí! ¡Por fin se dio! Se terminaron mis dudas. Acudí a la clínica del ginecólogo, llevando los últimos exámenes médicos. Me revisó minuciosamente. Sin reparos me dijo: "¡Tendrá que hacer reposo! Corre peligro de perder el embrión." Me fui con nuevas dudas. ¿Lo mantendré hasta el final o no?

Transcurrió otro mes y ocurrió lo inesperado. Corrió por mi vagina una nueva hemorragia, perdiendo el feto que tanto quise concebir. ¿Y ahora qué...? Se terminó la búsqueda. El túnel de mi esperanza se cerró definitivamente. Descorazonada, cambié las reglas del juego. Entregué mi amor a una cónyuge... Ella sí pudo engendrar... Compartimos juntas esta una nueva vivencia brindando nuestro amor de madres a ese pimpollo anhelado.

Pesaj (Lito) Skudizki

Introducción

La tierra fértil torna en erial,
 los ríos en cloacas pringadas,
 los bosques en páramos yertos
 la atmósfera espesa y aplomada.

Ya nada es como hace tiempo,
 nadie escucha ni se inmuta,
 resignados en espera del destino,
 hemos perdido el espíritu de lucha.

Promesas vanas de florecientes
 jardines, traen consigo rosas de
 hirientes espinas, conflictos
 estimulados por necios intereses,
 credos que proclaman una Paz
 divina.

El fondo del abismo es el camino,
 mutilando sueños de embeleso,
 se esconden y callan las miserias,
 escudados en la idea del progreso.

Pero en lo más recóndito del alma,
 alentando eternas quimeras,
 suma el deseo de no aceptar,
 aquello que sin remedio llega.

José Tenenbaum

**Dolor**

Abrí los ojos y de inmediato percibí a través de las sedas que cubrían mi vista, que algo extraño me estaba ocurriendo. No sabía definirlo, tampoco parecía un gran misterio, pero algo irracional giraba a mi alrededor. Tendido sobre las sábanas, la colcha echada a un lado, desnudo completamente, mi cuerpo regado de fría transpiración, no parecía pertenecer a nada. También habían desaparecido las típicas migrañas que cada mañana recordaban mi existencia.

Bueno, me dije a mi mismo, de alguna manera hay que comenzar el día y ante todo puse a trabajar la máquina de recuerdo de los últimos acontecimientos. El día anterior. El recuerdo, pensé, es lo que comprueba que aun estas vivo.

Lo más encomiable de lo ocurrido, fue la discusión sostenida durante la charla publica a la que fui invitado. Estaba satisfecho, pero me estoy escapando de comentar la rareza que me aquejó esta mañana, que barrió mi alegría. Todo se hizo patente durante la ceremonia de aseo en el baño.

No presté atención, pero de pronto quedé pasmado. Luego del baño caliente, procedí a cortar mis uñas con el alicate. Como suele ocurrirme, a veces corto más de lo necesario, arrancando algún trozo de piel que hasta llega a sangrar. No soy tan extravagante, pero la vista de las gotas rojas y el dolor consiguiente, me afecta mucho. Cuando terminó el proceso y procedí a lavar el artefacto, descubrí un pedazo de mi carne flotando en la superficie del lavatorio. Era enorme en proporción y no creí que antes habría formado parte de mi cuerpo. Era como

observar un objeto extraño, y esperaba que se ponga en marcha, como si fuera un bicho. Observé entonces mi dedo y efectivamente, algo faltaba allí donde había quedado un hueco. No era muy grande, y pese a todo, pensé que tenía que haber sangrado. Pero nada. Y lo más extraño, no sentía ningún dolor. En absoluto. No obstante, quizás por costumbre, cubrí el hoyo con una cinta adhesiva y continué la sesión.

Esta vez fue el afeitado, como todas las mañanas. Y aquí también, como suele suceder a cualquiera, un raspón en la piel o un movimiento mal calculado, deja sus huellas. Ahora sí que me asusté, pues al finalizar la operación, colgaba de la maquina un corte de piel de más de un centímetro. Lo barajé entre mis dedos, palpé la piel en mi cara, y vi también en el cristal, un tamaño de carne descubierta. ¿Cómo no sentí ni siento aún ningún dolor ni sangre? Recordé el caso de un amigo que, sufriendo de cáncer de piel, solía perder porciones de su epidermis, pero sí que eran torturas constantes. Pensé que debía llegar a la consulta de mi médico, pero preferí por el momento no hacer nada. Quizás dejar que el tiempo haga la suyo.

Luego de terminar de acicalarme, me vestí y salí a la calle a iniciar la rutina de cada día. Como vivo solo, suelo desayunar en un bar vecino, donde ya conocen mis costumbres. Es un auto servicio y me puse en la cola a esperar mi turno. Estaba parado detrás de un hombre alto y corpulento, por lo cual yo quedaba un poco escondido. Por ello, luego se me ocurrió que al dar vuelta portando en sus manos la bandeja con una enorme taza de café, esta resbaló sobre la superficie yendo a parar todo su contenido caliente sobre mí. Quedé empapado de arriba abajo, mis ropas despidiendo vapor caliente, desde la

camisa hasta los calzoncillos. Instintivamente me había echado atrás, atropellando a la señora que esperaba a mis espaldas. Quise darme vuelta para disculparme, pero entonces descubrí que ella no había sufrido del choque y solo miraba al hombre del café. Para mayor asombro, el hombre aquel no atinó siquiera a disculparse, solo dijo algunas palabras a la mujer. ¿Y yo? ¿Cómo es que ninguno de los dos prestó atención al daño causado a mi persona? Para más extrañeza, presté atención que aquel liquido caliente, casi hirviendo, no había hecho mella en mi persona. No sentía el típico dolor de la quemazón en la piel al volcarse sobre las ropas, ni tampoco luego.

Ahí sí que quedé consternado, incapaz de discernir lo que pasaba. Fue como al despertar del sueño, cuando se van abriendo los velos de la noche y lentamente identificas al mundo conocido.

¡Dejé de existir! Me dije a mi mismo, nadie advierte mi presencia ¿Y yo mismo? ¿Me doy cuenta de mí persona como ser vivo?

Entonces intuí que había algo más, y que no era solo encontrar el mundo conocido. También había que sufrirlo a través del dolor, y cuando pierdes esa sensibilidad, dejas de existir.

Al fin terminé por despertar, pero para estar seguro, me di una fuerte cachetada en la mejilla. ¡Estoy vivo! Me dije.

Josef Carel



Las palomas y la paz

Es increíble, pero tan simpáticas aves como las palomas, símbolo de paz, pueden desestabilizar a uno, y del estado de frágil equilibrio en que vivimos, acercarlo al borde de la locura. Este relato lo autentifica.

Qué sensación agradable y gratificante nos proporciona el ser testigos del maravilloso cuadro de la naturaleza, donde niños y grandes se complacen en tirar puñados de migajas a cientos de tórtolas, cuyos arrullos se confunden con el trino de pájaros que con ellas compiten. En la plazoleta de mi barrio, el cotidiano espectáculo de ver abuelos con sus nietos ser protagonistas con las pacíficas aves, y un común denominador: dar y recibir, calma las ansiedades de todos, en un clima pastoral.

Hacía ya varios días, que cuando iba a colgar las toallas, encontraba la terraza de servicio de mi departamento sucia de excrementos de palomas, que parte se depositaba sobre la superficie metálica del motor del aire acondicionado central, que ocupaba casi todo el lugar. Por las dudas cerré la ventana que comunica con el baño, con la leve sospecha de tener intrusos en casa. Vivo en el primer piso de un edificio. La terraza de servicio está aislada del exterior por una valla en forma de red, cuyas pequeñas aberturas permiten el intercambio de aire.

Al principio le resté importancia, y limpiaba todos los días, hasta que me cansé de mi rutinaria actividad. La idea que una paloma había invadido la terraza, comenzó a perseguirme obsesivamente. ¿Pero como entró?. Comencé a explorar, y para mi sorpresa comprobé que entre el techo de la terraza y la valla mencionada, había un pequeño espacio suficiente para el paso de un pichón de paloma, procedente de la terraza del vecino de arriba.

No pasó mucho tiempo, y una mañana temprano sorprendí a la paloma parada en el alféizar de la ventana. Cuando le conté a mi mujer, nos llevamos un chasco al ver no una, sino dos, un par de palomas!. Y ahora que hago?. Me pasé horas tratando de atraparlas sin éxito. Descubrí que habían construido el nido en un pequeño espacio, debajo del motor del aire acondicionado. Un día tratando de espantarlas, lograron escabullirse en la terraza del vecino de arriba, por el mismo sitio por donde probablemente entraron.

Si bien las relaciones con mi vecino se circunscribían a no más que un saludo comedido, me decidí y le comunicué que desde su terraza me entraron palomas a la mía, y hacían estragos. Sin más remedio, y por cortesía, mi vecino, mucho más joven y elástico que yo, me acompañó, entró a la terraza, y con mucho empeño intentaba atrapar a las palomas, mientras yo lo ayudaba golpeando con un palo sobre la superficie metálica del acondicionador de aire, haciendo un bochinche ensordecedor. La lucha de nervios y esfuerzos se vio coronada por el éxito, al final logró atraparlas, liberándolas y dejándonos exhaustos. El vecino con la mejor buena voluntad, intentó llenar el hueco con una red de plástico, y aparentemente lo había conseguido. Efusivamente agradecí su inestimable ayuda, y en la primera oportunidad una botella de vino compensó su atención.

Creando superado el problema, por dos meses tuve tranquilidad y paz. Nuevamente se

repitió el cuadro: excrementos de palomas por todos lados, arrullos y finalmente la presencia de un nuevo par de palomas, que se paseaban sobre el vano de la ventana, o hacían equilibrio sobre las sogas de colgar la ropa, casi me sacaron de quicio.

Me levantaba y acostaba con una idea fija: las palomas, y sus mensajes que no eran nada de paz, de armonía, de sosiego, etc. No sabía que hacer. Al final a través de Internet, me comuniqué con una compañía que se ocupa de atrapar y alejar palomas. Hace apenas unos minutos que se fue el técnico. Al abrirle la puerta, el solo verlo vestido con su equipo de trabajo, un casco protector le cubría la cabeza, sus manos con guantes gruesos y negros, y en una de ellas colgando un pesado maletín, ni yo mismo, médico de profesión y jubilado, hubiera ejercido en mis pacientes el maravilloso efecto placebo, que cura todos los males, como la impresión que me causó.

Amable y decidido entró en la terraza, como si ejerciera un secreto poder atrapó una a una a las palomas, sin que se resistieran y estuvieran esperándolo, para por fin ser liberadas de un incierto destino. El técnico observó el sitio por donde entraban las palomas, cerrándolo con una red metálica, resistente, que aseguró con tornillos en toda la periferia, convirtiendo a mi terraza en un bastión.

Pocas veces he sentido tanta satisfacción al abonar lo estipulado, por la realización de un trabajo hecho con precisión y conciencia, liberándome de la terrible opresión que ejercieron sobre mí, "dos pequeños e inocentes pichones de paloma".

Boris Bilenca



Una historia de tantas

Marisa no fue una más en el grupo de aspirantes al puesto de secretaria vacante en la Cátedra de Derecho Constitucional, la paga era buena y la posibilidad de acceder a un cargo de categoría en la planta del personal de la Universidad, muy tentadora.

Las jóvenes, con sus currículos en mano y parlotando incesantes, aguardaban el momento de ser evaluadas. Cuando llegó el turno de Marisa, con su timidez y discreción, flotó en el aire la certeza de que sería la elegida. El ojo del halcón a cargo de la cátedra, había avizorado la mujer que se escondía en ese cuerpo de apariencia frágil.

Fue así como la recuerdo. Con apenas veinte años, vestida con una pollera amplia y una blusa recatada, luciendo en su anular el anillo de compromiso con el que había sellado su amor juvenil con un condiscípulo del colegio del pueblo de donde procedía.

El halcón no se había equivocado con su experiencia de seductor nato. Ella sucumbió a sus encantos, rompió el compromiso y se resignó a ser “la otra”. Durante muchos años se afianzó la relación entre ambos. Eso no le impidió al célebre catedrático ampliar su coto de caza, pasaban otras muchachas por su cama, aunque él siempre volvía a ella, a quien no le importaban ni el paso de los años, las canas incipientes, o los fines de semana solitarios.

Él había dejado claras las condiciones, no habría hijos, él tenía cinco con su esposa legal a quien por lógica no abandonaría. Ella aceptó todo. Se fue a vivir a un departamento que él le había dicho que puso a su nombre y obtuvo un cargo importante como auxiliar de docencia, ya que él, en un gesto impensado, había apadrinado sus estudios superiores, lo cual le permitió solventar el mantenimiento de la casa. Hasta en eso había sido precavido el halcón, dispuesto a apoyarla pero nunca a mantenerla.

Pasaron años, algunas nos casamos, formamos familia y seguimos adelante con nuestras vidas. Marisa, en cambio, se resignó ante el designio de su equivocada elección.

Cuando el halcón falleció en un accidente, supimos que a ella la dieron de baja en el cargo que ostentaba, debiendo acogerse a una jubilación mínima. Nos enteramos también que los hijos del catedrático impulsaban un juicio de desalojo por usurpación de propiedades. Lo que se creía que fue cedido a Marisa carecía de fundamento legal.

Así las cosas, ella se dejó apagar rápidamente. Semanas después, un par de días antes de que se cumpliera la orden de desahucio de la casa, los bomberos alertados por un vecino concurrieron al domicilio, la encontraron sentada frente a la ventana, como dormida, en actitud de espera de ese amante que ya no volvería.

Catalina Zentner Levin

Un 26 de Noviembre...

Delirabas, me dijeron, y en cada frase sin sentido o en palabras inconexas se deslizaba tu nombre; no me extraña: está en mis sueños.

En nuestra casa, hace un racimo de años, plantamos con cariño un árbol: una higuera que nos regalaba sus higos dulces y frescos como tu mirada. A través de los años llegó a ser frondoso con un alegre y sano verde, con el cuidado y riego que yo le prodigaba. Desde la ventana admirábamos lo esbelto y sano de su tronco, de sus ramas... y para mis adentros yo pensaba “igual al crecimiento de los hijos, de nuestros hijos”.

Una mañana cruel, qué ironía, un 26 (nuestro día fue en Noviembre), nos abandonaste. Dias después, una tarde, miré por la ventana y la querida higuera estaba despojada de hojas, ni una sola, ramas desnudas solamente, un esqueleto de árbol, sin vida.

Adolfo Chamamah

